

Líneas operativas para la catequesis y la pastoral juvenil

(textuales de *Evangelii gaudium* y *Christus vivit*)

Búsqueda

Sólo quisiera destacar brevemente que la pastoral juvenil implica dos grandes líneas de acción. Una es **la búsqueda, la convocatoria, el llamado** que atraiga a nuevos jóvenes a la experiencia del Señor. La otra es *el crecimiento*, el desarrollo de un camino de maduración de los que ya han hecho esa experiencia (ChV 209).

Con respecto a lo primero, *la búsqueda*, confío en la capacidad de los mismos jóvenes, que saben encontrar los caminos atractivos para convocar. Saben organizar festivales, competencias deportivas, e incluso saben evangelizar en las redes sociales con mensajes, canciones, videos y otras intervenciones. Sólo hay que estimular a los jóvenes y darles libertad para que ellos se entusiasmen misionando en los ámbitos juveniles. El primer anuncio puede despertar una honda experiencia de fe en medio de un “retiro de impacto”, en una conversación en un bar, en un recreo de la facultad, o por cualquiera de los insondables caminos de Dios. Pero lo más importante es que cada joven se atreva a sembrar el primer anuncio en esa tierra fértil que es el corazón de otro joven (ChV 210).

En esta búsqueda se debe privilegiar el **idioma** de la proximidad, el lenguaje del amor desinteresado, relacional y existencial que toca el corazón, llega a la vida, despierta esperanza y deseos (ChV 211).

Crecimiento: continuidad y formación

Con respecto *al crecimiento*, quiero hacer una importante advertencia. En algunos lugares ocurre que, luego de haber provocado en los jóvenes una intensa experiencia de Dios, un encuentro con Jesús que tocó sus corazones, luego sólo les ofrecen encuentros de “formación” donde les dan charlas acerca de cuestiones doctrinales y morales: sobre los males del mundo actual, sobre la Iglesia, sobre la Doctrina Social, sobre la castidad, sobre el matrimonio, sobre el control de la natalidad y sobre otros temas. El resultado es que muchos jóvenes se aburren, pierden el fuego del encuentro con Cristo y la alegría de seguirlo, muchos abandonan el camino y otros se vuelven tristes y negativos. Calmemos la obsesión por transmitir un cúmulo de contenidos doctrinales, y ante todo tratemos de **suscitar y arraigar las grandes experiencias** que sostienen la vida cristiana (ChV 212).

Cualquier proyecto formativo, cualquier camino de crecimiento para los jóvenes, debe incluir ciertamente una formación doctrinal y moral progresiva, pero lo más importante es que esté centrado en **dos grandes** ejes: uno es la profundización del *kerygma*, la experiencia fundante. El otro es el crecimiento en el amor fraterno, en la vida comunitaria, en el servicio (ChV 213).

Crecer es conservar y alimentar las cosas más preciosas que te regala la juventud, pero al mismo tiempo es estar abierto a purificar lo que no es bueno y a recibir nuevos dones de Dios que te llama a desarrollar lo que vale. A veces, los complejos de inferioridad pueden llevarte a no querer ver tus defectos y debilidades, y de ese modo puedes cerrarte al crecimiento y a la maduración. Mejor déjate amar por Dios, que te ama así como eres, que te valora y respeta, pero también te ofrece más y más: más de su amistad, más fervor en la oración, más hambre de su Palabra, más deseos de recibir a Cristo en la Eucaristía, más ganas de vivir su Evangelio, más fortaleza interior, más paz y alegría espiritual (Ch V 161).

Ya que “el tiempo es superior al espacio”, hay que **suscitar y acompañar procesos** (297).

El centro

Más allá de cualquier circunstancia, a todos los jóvenes quiero anunciarles ahora lo más importante, lo primero, eso que nunca debería callar. Es un anuncio que incluye **tres grandes verdades** que todos necesitamos escuchar siempre, **una y otra vez**.

Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: “Dios te ama”. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado...

La segunda verdad es que Cristo, por amor, se entregó hasta el fin para salvarte. Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo... Ese Cristo que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, con ese mismo poder de su entrega total sigue salvándonos y rescatándonos hoy.... Pero hay una tercera verdad, que es inseparable de la anterior: ¡Él vive! Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo sólo como un buen ejemplo del pasado, como un recuerdo, como alguien que nos salvó hace dos mil años. Eso no nos serviría de nada, nos dejaría iguales, eso no nos liberaría. El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma, el que nos sana y nos consuela es alguien que vive... Si Él vive, entonces sí podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. Así no habrá nunca más soledad ni abandono (ChV 111-112.118.124).

El núcleo transversal que se profundiza

Vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte». Cuando a este primer anuncio se le llama «primero», eso no significa que está al comienzo y después se olvida o se reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el **primero en un sentido cualitativo, porque es el**

anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que **volver a anunciar de una forma o de otra**” (EG 164)

“No hay que pensar que en la catequesis el *kerygma* es abandonado en pos de una formación supuestamente más «sólida». **Nada hay más sólido, más profundo, más seguro, más denso y más sabio que ese anuncio.** Toda formación cristiana es ante todo la **profundización del *kerygma* que se va haciendo carne cada vez más y mejor**, que nunca deja de iluminar la tarea formativa, y que permite comprender adecuadamente el sentido de **cualquier tema** que se desarrolle” (EG 165).

El crecimiento en el primer mandamiento

Tampoco sería correcto interpretar el llamado al crecimiento exclusiva o prioritariamente como una formación doctrinal. Se trata de «observar» lo que el Señor nos ha indicado, como respuesta a su amor, donde se destaca, junto con todas las virtudes, aquel **mandamiento nuevo que es el primero, el más grande, el que mejor nos identifica como discípulos** (EG 116).

Por lo tanto, hay que simplificar la catequesis, no obsesionarse por darlo todo (que después pronto se olvida) sino provocar esta gran experiencia fundamental e ir profundizándola en todos los temas a lo largo de toda la catequesis. El verdadero eje que se va retomando en toda la catequesis es el kerygma y junto con él la vida fraterna.

Una oportunidad única para el crecimiento y también de apertura al don divino de la fe y la caridad es **el servicio**: muchos jóvenes se sienten atraídos por la posibilidad de ayudar a otros, especialmente a niños y pobres. A menudo este servicio es el primer paso para descubrir o redescubrir la vida cristiana y eclesial. Muchos jóvenes se cansan de nuestros itinerarios de formación doctrinal, e incluso espiritual, y a veces reclaman la posibilidad de ser más protagonistas en actividades que hagan algo por la gente (ChV 225).

No hace falta recorrer un largo camino para que los jóvenes **sean misioneros**. Aun los más débiles, limitados y heridos pueden serlo a su manera... Los jóvenes se enriquecen mucho cuando vencen la timidez y se atreven a visitar hogares, y de ese modo toman contacto con la vida de la gente... (239-240).

La pastoral juvenil popular

Además de la pastoral habitual que realizan las parroquias y los movimientos, según determinados esquemas, es muy importante dar lugar a una “pastoral popular juvenil”, que tiene **otro estilo, otros tiempos, otro ritmo, otra metodología**. Consiste en una pastoral más amplia y flexible que estimule, en los distintos lugares donde se mueven los jóvenes reales, esos **liderazgos naturales** y esos carismas que el Espíritu Santo ya ha sembrado entre ellos. Se trata ante todo de no ponerles tantos obstáculos, normas, controles y marcos obligatorios a esos

jóvenes creyentes que son líderes naturales **en los barrios y en diversos ambientes**. Sólo hay que acompañarlos y estimularlos, confiando un poco más en la genialidad del Espíritu Santo que actúa como quiere.

Hablamos de líderes realmente “populares”, **no elitistas** o clausurados en pequeños grupos de selectos. Para que sean capaces de generar una pastoral popular en el mundo de los jóvenes hace falta que “aprendan a auscultar el sentir del pueblo, a constituirse en sus voceros y a trabajar por su promoción”. Cuando hablamos de “pueblo” no entendemos las estructuras de la sociedad o de la Iglesia, sino el conjunto de personas que no caminan como individuos sino como el entramado de una comunidad de todos y para todos, que **no puede dejar que los más pobres y débiles se queden atrás**: “El pueblo desea que todos participen de los bienes comunes y por eso acepta adaptarse al paso de los últimos para llegar todos juntos”. Los líderes populares, entonces, son aquellos que tienen la capacidad de incorporar a todos, incluyendo en la marcha juvenil a **los más pobres, débiles, limitados y heridos**. No les tienen asco ni miedo a los jóvenes lastimados y crucificados.

En esta misma línea, especialmente con los jóvenes que no crecieron en familias o instituciones cristianas, y están en un camino de lenta maduración, tenemos que estimular el **“bien posible”**. Cristo nos advirtió que no pretendamos que todo sea sólo trigo (cf. *Mt 13, 24-30*). A veces, por pretender una pastoral juvenil aséptica, inmaculada, marcada por ideas claras y distintas, alejada del mundo y preservada de toda mancha, convertimos el Evangelio en una oferta desabrida, incomprensible, lejana, separada de las culturas juveniles y apta sólo para una *élite* juvenil cristiana que se siente diferente, pero que en realidad flota en un aislamiento sin vida ni fecundidad. Así, con la cizaña que rechazamos, arrancamos o sofocamos miles de brotes que intentan crecer en medio de los límites.

En lugar de “sofocarlos con un conjunto de reglas que dan una imagen estrecha y moralista del cristianismo, estamos llamados a invertir en su audacia y a educarlos para que asuman sus responsabilidades, seguros de que incluso el error, el fracaso y las crisis son experiencias que pueden fortalecer su humanidad”.

En el Sínodo se exhortó a construir una pastoral juvenil capaz de crear espacios inclusivos, donde haya lugar para todo tipo de jóvenes y donde se manifieste realmente que somos una Iglesia de **puertas abiertas**. Ni siquiera hace falta que alguien asuma completamente **todas las enseñanzas de la Iglesia** para que pueda participar de algunos de nuestros espacios para jóvenes. Es verdad que algunas propuestas pastorales pueden suponer un camino ya recorrido en la fe, pero necesitamos una pastoral popular juvenil que abra puertas y ofrezca espacio **a todos y a cada uno con sus dudas, sus traumas, su orientación sexual, sus errores, su historia y sus dificultades** (ChV 230-234).